

**PRECIO DE SUSCRIPCIÓN**  
 Segovia, mes. . . . . 1 peseta.  
 Por años . . . . . 10 " "  
 Fuera de Segovia,  
 trimestre. . . . . 3'50 ptas.  
 Semestre. . . . . 7 " "  
 Año adelantado. . . 12 " "  
 Id. corriente ó al  
 finalizar. . . . . 14 " "  
 Extranjero, año. . . 80 " "  
 IMPRENTA  
 Grabador, Espinosa, 1.

# EL ADELANTADO de Segovia

DIARIO DE INFORMACION E INTERESES GENERALES Y LOCALES

DIRECTOR:  
 DON RUFINO CANO DE RUEDA  
 Anuncios, comunicados y reclamos, á precios convencionales  
 Se admiten esquelas de defunción hasta las seis de la tarde.  
 REDACCION Y ADMINISTRACION  
 Isabel la Católica, 8

SERVICIO ESPECIAL TELEGRÁFICO Y TELEFONICO.—INFORMACIÓN MERCANTIL.—PUBLICIDAD.

## HOJA LITERARIA DEL DOMINGO

### El Reloj delator.

I  
 Acababa la representación de don Alvaro. Manuel se acercó á la Condesa y la dijo en voz baja:  
 —¿Qué te ha parecido la obra?  
 —Terrible.  
 —¿Crees en el sino fatal de las criaturas?  
 —Creo en el castigo de la culpa.  
 —¿Es decir que tú juzgas culpable al indiano?  
 —¿Que duda cabe?  
 —¿De amor?—insistió Manuel mirándola fijamente.  
 —De ligereza.—contestó la Condesa bajando los ojos ruborizada.  
 —Decididamente es la manifestación más gallarda del romanticismo.— decía el Conde á un amigo suyo, en el fondo del palco.—  
 —Vea V. con que atrevimiento están rotos todos los moldes estrechos del arte clásico; y note V. la diversidad de colores brillantes con que el autor ha hecho resaltar el fondo sombrío del cuadro. Esto, en cuanto á la forma. En cuanto al fondo será siempre una de las obras más profundas de la dramática española.  
 —¿En pro del fatalismo?  
 —En su contra precisamente. Es un absurdo creer que el hombre camina al abismo á pesar suyo. El saltador de la casa ajena sabe á lo que se expone y nadie es tan ignorante que desconozca los peligros de una pistola cargada, cuando se arroja impremeditadamente al suelo. A esto, y no al *hado adverso* debe achacarse todo el mal que lamenta don Alvaro. En cuanto á los Calatrava, á su tenaz deseo de venganza deben el triste fin que el autor les señala, no á esa fuerza misteriosa é incontrastable que anula la voluntad humana.  
 —Ya ves lo que dice tu marido.—dijo Manuel al oído de la Condesa.—Si don Alvaro hubiese hecho las cosas en regla... ¿Pero á quien se le ocurre dejarse sorprender á mitad de jornada? ¿A quién tirar la pistola?... Vamos, te digo que la fatalidad es el disfraz con que hace siglos quiere encubrirse la tontería.  
 —De suerte que tú crees que el mal no es mal...  
 —Justamente cuando se hace bien. Por eso,—(aquí Manuel rozó casi con sus labios la diminuta oreja de la Condesa)—por eso, alma de mi alma, hechizo de mis ojos, perpetuo deseo de mi vida, cesarán de vagar por tu mente asustadiza los fantasmas del miedo y me recibirás en aquel delicioso *boudoir* de tu quinta. El Conde me ha invitado á la cacería; yo recogeré con fruición tanta honra y...

En este momento el acomodador del teatro anunció que había llegado el coche. El Conde se apresuró á echar sobre los desnudos hombros de su mujer el abrigo de pieles, y los cuatro personajes de esta rápida escena salieron del palco ponderando el acontecimiento de la noche: la millonésima representación de la obra inmortal del duque de Rivas.

—Manolito, mañana á las ocho ¿eh?  
 —Sin falta. Adios condesa...  
 II

Manolito vivía á lo *gargon*; pero con exquisito buen gusto. Llegó á su casa, confortablemente dispuesta, y se sentó á la mesa más desatendida de la casa: la mesa de escritorio.  
 Y en seguida trazó estos renglones:  
 «Querido conde: el telégrafo ha venido á detener el progreso de mi dicha. Vivimos en perpetuo contraste. Debo salir al momento de Madrid. Negocios urgentes me esperan. Su desconsolado amigo, Manuel de Quirós y Vargas.»  
 —Juan.  
 —Señorito.  
 —Esta carta para el conde; prepárame el baño y llámame mañana á las doce.  
 —¡Ah!—exclamaba Manolito, enjugándose poco despues en el largo camión de tela turca.—Si don Alvaro hubiera procedido con más sentido común ¿quién duda que Leonor.... ¡Leonor!  
 gala del suelo andaluz que ya eres ángel de luz junto al trono del señor...

¿Qué cosas tan bonitas se les ocurren á los poetas!... ¡Y pensar que la condesa será mañana mía!... ¡Ya lo creo que será mía!... Como que yo no daré motivo para que se alborote el barrio, ni para que se me disparen las pistolas.... ¿Cuántas horas faltan para mi dicha? A ver.... ¡Diablo de reloj!.... Estoy para estamparle contra el suelo...  
 —¡Juan!  
 —Señorito.  
 —Mañana me comprarás el reloj más seguro que haya en Madrid.  
 —Descuide V., señorito.  
 —¡Pues una friolera! Un mueble tan indispensable en estos momentos.... ¡Ah! condesa! no incurriré yo en tonterías de esta especie.... Ya sé que un enamorado tiene que estar muy conforme con el tiempo, vivir al minuto, no retrasarse un segundo.... Descuida: la fatalidad se ha hecho para los incautos.  
 —¿Apago, señorito?  
 —Apaga.  
 —Buenas noches.

III

Manolito se jactaba de prevenir todos los incidentes de la vida; pero á pesar de esto llegó temblando á las tapias del jardín de la magnífica posesión del conde. ¿Será que el crimen asusta más que el peligro?  
 Dijimos que la posesión del conde era una quinta de recreo y nos equivocamos. Llamámo-la fortaleza con honores de *chateau* moderno, hubiéramos estado en lo cierto.  
 A la hora que llegó Manolito cerca del *perpetuo deseo de su vida*, todo yacía en profundo reposo. La sombra, madre protectora de amantes trasnochadores, no había de faltar en ocasión tan solemne á uno de sus predilectos hijos. Llegó, trepó y saltó con febril ligereza, y ya al pie de la ventana del *boudoir* soñado ¿que había de ocurrir? Una mano temblorosa separó los calados visillos, la palidez de la muerte se retrató en el semblante de la condesa, sonó la falleba y un

«vete» azorado y comprimido resbaló al oído de Manolito como rumor apenas perceptible... ¿Irse un amante estando de caza el marido?... No era Manolito excepción de la regla general para hacer semejante disparate. Saltó la última brecha y ganó el baluarte sencillo del hogar, tan difícil al atrevimiento cuando el honor sagrado le escuda.  
 En la primera entrevista de dos amantes criminales, el éxtasis precede al delirio. Manolito y la condesa se fundieron en una mirada silenciosa que duró mucho tiempo; lo ménos dos minutos. Después sonó un chasquido; el chasquido de un beso. Después otro; el chasquido de un látigo. La condesa y Manolito se pusieron en pié, rígidos y trasfigurados, como debieron quedar los espíritus rebeldes á los primeros acentos de cólera del Dios de las venganzas.  
 —¡El!—dijo la condesa.  
 —No temas,—contestó Manolito en tono irónico,—vengo sin armas.  
 —Ocúltate aquí, en este cuarto.  
 Manolito obedeció, y la condesa puso delante de la puerta un amplio sillón de raso. Poco después penetraba el conde en el *boudoir* de su mujer y la daba un beso en la frente. Muchos maridos tienen esta costumbre. Hacen bien.  
 —Pues has de saber, querida mía, que he recibido un propio del duque anunciándome la caída del Ministerio.  
 —¿Y te vas?—dijo la condesa con un mal humor fingido de irreprochable factura.  
 —Sí, hija mía, en cuanto descansen los caballos.  
 —¿Qué fastidio!  
 —Sí, es un fastidio,—repitió el conde echándose á lo largo del sillón, colocado precisamente junto á la puerta por donde saliera Manolito.  
 El conde y la condesa se abismaron en sus pensamientos.  
 Así pasaron algunos minutos.  
 De pronto el conde levantó la cabeza, sacó el reloj y se lo aplicó al oído.  
 —No: este no es... ¡Cosa más rara!  
 —¿Qué!—dijo la condesa.  
 —Que suena un tic-tac, fuerte y acompañado... como si hubiera un reloj de Bachschmid detrás de esta puerta.  
 La condesa palideció horriblemente.  
 El conde se puso de pié.  
 —Será un reloj mío,—se apresuró á decir la condesa.  
 —¿De Bachschmid?—dijo el conde con aire de duda.  
 —No sé.  
 —Vamos á verlo.  
 —No.  
 —¡Ah!...

Hubo un momento de pausa. El conde era un gran carácter; un caballero de raza; un marido excelente. Había conocido á su mujer en la miseria y la había sacado de entre el vulgo indiferente para elevarla á su altura. De una cursi hizo una gran señora. Estas mujeres suelen pagar muy mal la honra que la suerte loca les dispensa.  
 Nada más fácil para el conde que castigar á los culpables. Un marido engañado tiene siempre la fuerza poderosa de la razón. El conde tenía además la fuerza de los puños.  
 Cogió á su mujer del brazo y la separó violentamente de su lado. Sacó después al traidor amigo y obligándole á manejar una espada le atravesó el corazón con la rapidez y seguridad del que cree herir en justicia.  
 El conde contempló largo rato el cadáver de Manolito.  
 —¡Desdichado!—exclamó moviendo tristemente la cabeza.  
 Después oyó un tic-tac, tic-tac, que hizo latir su corazón con golpe acelerado.  
 Era el reloj de Manolito.  
 El conde le sacó del chaleco y le examinó detenidamente.  
 —¡A quién se le ocurre traer esto!... Bah!—murmuró el conde cada vez más abismado.  
 —De no ser esto... positivamente hubiera sido otra cosa.  
 Y dirigiéndose al sitio donde, deshecha en sollozos, se hallaba la condesa, la dijo:  
 —Guarde V. esa prenda como recuerdo del crimen de esta noche. Si vuelve V. á delinquir, encargue V. á sus amantes que sean más cautos.  
 Y echándole una mirada de compasivo desprecio se alejó de ella para siempre.  
 A los pocos días, revolviendo los extraviados ojos á todas partes, la condesa se tapaba los oídos para no oír el *tic-tac* del reloj de Manolito; pero cuanto más procuraba alejarse del ruido delator, más tenaz más vibrante, más seguro, resonaba en su alma angustiada.  
 Un día cesó de escucharle. Se estaban apagando los latidos de su corazón. Al penetrar los criados en la estancia, la condesa murmuraba todavía: *tic-tac... tic-tac*.  
 Y sin embargo hacía mucho tiempo que el tic-tac del reloj de Manolito no sonaba.  
 Lo llevaba la condesa en su conciencia.  
 FRANCISCO PÉREZ ECHEVARRÍA.

Siempre vivas.  
 LAS ALMAS EN PENA.  
 A un alma en pena pregunté quien era, y el alma contestó de esta manera:  
 —Son las almas en pena esos maridos que, muriendo engañados ó aburridos, renunciaron al Cielo y sus placeres por no encontrarse allí con sus mujeres. Y yo que te lo cuento y que he sido tostado á fuego lento, el Cielo abandoné cobardemente, por no hallarme algún día frente á frente de una mujer que, por la Gloria suelta, trae á la Corte celestial revuelta.—  
 Dijo, y partiendo con pausado vuelo, cruzó la tierra sin mirar al Cielo.  
 RAMÓN DE CAMPOAMOR.

CHINITAS FILOSÓFICAS  
 LOS DOS NIÑOS.  
 Como siempre, aquellos dos niños caminaban juntos.  
 Terminada la clase, con los libros bajo el brazo, iban á casa.

Después... después á jugar y á divertirse, como hacen todos los niños.

Tendía una ligera mirada sobre ellos, y al momento se advertiréis el profundo abismo de clase social que los separa.

El uno, —Luisito de nombre, —envuelto en flamante gaban de pieles, enguantadas las manos, lustradas las botas, resplandeciente por todos lados.

El otro, Juan, vestido con el imprescindible delantal encubridor de los graves defectos de la demás ropa.

De abrigo, un amplio y descolorido pañuelo de lana ceñido al cuello; y en la cabeza, una gorra lacia y desgastada por las excesivas lavaduras.

Eran el obrero y el capitalista del mañana, que se estrechaban afectuosos como dos buenos amigos.

La recíproca inclinación, impulsada por la inocencia, creaba aquel vínculo milagroso que, al rodar de unos años, con la inteligencia, desarrollada ya, rompería con punible brutalidad, precisamente en los momentos en que su misión realizaba el más bello y trascendental de los problemas: el equilibrio de la sociedad.

¿Que como se hicieron amigos? Pues, sencillamente; cosa de niños.

A Luis no lo dejaban salir de casa, y se aburría solo con los juguetes.

Un día vió allí, arriba, en la estrecha ventana de la guardilla, la cara de otro niño que le sonreía cariñosamente.

Era Juan.

Sacó sus juguetes y se los mostró: se deleitaba mucho viendo sus negros ojos muy grandes, y muy abiertos por el deseo.

Luego, una ráfaga intensa de compasión pasó por su corazón de niño, no endurecido todavía por la pasión bastarda, y lo llamó, lo llamó repetidas veces obligándole á bajar al portal y compartió todo con él, acabando con el transcurso de poco tiempo, por hacerse, en su niñez, inseparables.

—Vaya, Luisito, hasta ahora—dijo Juan mientras tomaba el pasamanos de la escalera—enseguidita bajo.

Y escapado salvó los escalones y se internó en su cuarto, exclamando:

—Ave María Purísima.

Fué respondido por una voz de mujer inflexionada dulcemente.

—Mamá ¿hay pan?—interrogó después.

—No hijo mío, no le hay hasta que venga padre.

Hacia días que el obrero, padre de Juan, no trabajaba, y por consiguiente, en el hogar no había lumbre.

El niño pareció no preocuparse, como ser acostumbrado á semejantes azares.

Tomó entre sus manitas la cabeza de su mamá, y murmuró.

—Bueno: pues si no le hay... ¡dame besos!

Y se besaron repetidas veces: algo era algo.

A poco alzóse del regazo de su madre, que le sirvió de asiento, y llevando uno de los dedos á sus labios, suplicó silencio.

—¡Chsss...! Mamá, lloran...—dijo y continuó—¡calla!: es Luisito—y se abalanzó al balcón.

Efectivamente; era Luis que sostenía una fuerte polémica con su mamá.

Esta intentaba darle una hermosa manzana y un bollo, y Luis se oponía pateando y llorando con llanto fingido y chillón.

—Mamá, quiero pastas.—exclamaba.

—No, pastas no, no hay pastas—respondía su madre.

—Pastas, pastas, yo quiero pastas—oíase pidiendo, cada vez y más ruidosa la voz de su amigo.

—No me hagas incomodar, vicioso, desobediente; toma esto, y si nó nada—objetó la madre.

Y reanunció el intento de que tomara el bollo y la manzana.

Pero Luis, de pronto y en un acceso desesperante de criatura caprichosa é indómita, los dió una manotada, y pan y manzana rodaron á un extremo de la galería.

Al contemplar esa escena, por el cerebro de Juan cruzó una idea grande, muy grande, que no cabía en su inteligencia de niño, y que la tradujo en su corazón una oleada de angustia y de odio.

Aunque era su amigo, de buena gana le hubiera dado un palo.

Al poco rato Luis reclinado en la galería, devoraba con ansia las pastas dichosas, en tanto que Juan, asomado allí, arriba, en la estrecha ventana de la guardilla, miraba y remiraba la manzana y el pan abandonado en un rincón, con sus negros ojos muy grandes y muy abiertos por el deseo...

CÁNDIDO BARRICART.

EN EL ATENEO.



1.—Los parasitadicos acentos, los horribos elementos destructores....



2.—¡Cielos; me han dejado solo! ¡Oh poder de la elocuencia!

Uno de... tontos.

—Mi amigo Magín Chistoso, autor cómico aún no conocido, pero que lo será con el tiempo, me acompañó un día á tomar café, y me dijo entre otras cosas:

—La gente se figura que el género chico produce, á los que á él nos consagramos, pingües ganancias, y que nos es facilísimo hilvanar una pieza, de modo que venimos á ser (en opinión del vulgo) unos mimados de la fortuna puesto que con tan poco trabajo nos ganamos la vida. ¿Ha visto usted que error tan oraso?

—¡Crisisimo amigo Magín!

—¡Pues apenas es tarea árdua complacer al monstruo de cien cabezas que se llama público! Antiguamente, hace nnas treinta años, el público era más benévolo... Se anunciaba en los carteles una obra del género festivo y acudía al teatro con el propósito de reírse, y se reía... Aunque la exposición fuera un poco larga, tenía paciencia para aguardar á que llegasen las situaciones cómicas y los chistes, diciéndose: «Ya me divertiré». Ahora, no, señor; quiere que en cuanto se levante el telón, sin pérdida de tiempo, comience el interés, lluevan chistes y se arme el lío. ¡Nada de exposiciones largas! ¡La brevedad ó el pateo! No hay otra disyuntiva...; así es que no sabe uno como arreglarse para poner en autos al público (y en media escena) del parentesco, afinidad, estado, posición, relaciones y demás circunstancias de los personajes que han de figurar en la obra. Para eso, los franceses... ¡Hay que reconocer que son maestros en el arte de entrar pronto en materia! Lei una comedia francesa, cuyo título no recuerdo, que comenzaba así:

La escena sola al levantarse el telón.—Sale Berta precipitadamente por la segunda [latera] izquierda, con una carta en la mano.—Detrás de ella Raul, que quiere apoderarse de la carta.

ESCENA PRIMERA

Berta.—Raul.—Luego la doncella.  
Raul.—(excitadísimo) ¡Entrégame esa carta!  
Berta.—(con entereza) ¡No!... ¡Imposible!  
Raul.—¡Dámela ó hago una barbaridad! Esa carta es de algún hombre, de algún rival. (Suena una campanillazo).

La doncella.—(desde el foro, con aire consternado) El señor viene!

Berta.—¡mi marido! (Oculta precipitadamente la carta y se sienta.—Frente á ella se sienta también Raul, como si estuviera de visita.)

—¡Sh! ¡Vaya una exposicioncita de mérito!—siguió diciendo Magín.—Con cuatro palabras queda enterado el público de los amores adúlteros de Berta y Raul, de que ella también le es infiel á su amante, y de que la doncella está en el ojo... ¡Eso es escribir comedias! ¡Eso es una ideaidad modernista!—¡Hasta podría terminarse ahí el acto,—les dije—quedando pendiente el interés, y el público muy intriguado por saber en qué paraban aquellas misas.

Como en las novelas por entregas ó en ciertos folletines... Si ha leído usted Gerónimo Paturot la más famosa obra de Reybaud, recordará que cita en ella una novela de folletín en que la heroína, Ethelgida, estando en su lecho ve aparecer de pronto, saliendo de la pared, una mano que sostiene por los cabellos una cabeza sangrienta y desfigurada... ¿De quien era aquella mano? ¿De quien era aquella cabeza?

(La continuación en el próximo número).

—A un lado bromas—contestó Magín Chistoso.—Yo sostengo que esos recursos para excitar el interés son de primera fuerza, y aplicados al género cómico dan excelentes resultados. Las exposiciones breves, compendiosas y salpicadas de chistes son el primer envite para conquistar á los morenos. Pero... ¡Vaya usted á poner chistes en esos primeros diálogos expositivos, donde no se dice nada de particular! Por ejemplo:

«Ya sabes que mi tío posee una hermosa finca en Aranjuez».

«Mi marido tiene la costumbre de tomar el chocolate con merengues de fresa, y detrás una copita de anís del mono».

«Le debo veinte pesetas á la lavandera.»

«Hace ocho días que vivimos en esta casa.»

«Dile á la chica que traiga un manojo de espárragos.» Etc., etc.

Todo esto puede ser necesario decirlo para la buena comprensión y claridad del argumento, pero ¿qué demonio de chistes pueden meterse ahí? Ni pardos, ni verdes, ni de ningún color... Yo tengo la desgracia de que no se me ocurren más que chistes verdes, que ahora están muy castigados por la crítica; y eso que dan dinero... A cierta clase de público le gusta siempre esas cosas. ¿Sabe usted el dinero que ganó la *Bella Chiquita* con la danza de vientre? Pero multaron á algunas empresas y á ella la suprimieron en nombre de la moral...

—¡Injusticia humana!—le dije.—Si sólo tué por mover el vientre...; me parece que más que la *Margarita* de Loeche! y nadie la persigue!

El amigo Magín, sin decir palabra, extrajo del bolsillo un cuaderno y un lápiz, y escribió rápidamente un par de líneas.

—¡Magnífico!—exclamó luego—Acaba usted de regalarme un chiste pistonado...

—¿Qué libro es ese?

—El que utilizo para apuntar los chistes que oigo por la calle, en visita, en cualquiera parte... Tengo una gran colección de reserva, que aplico oportunamente según voy enjaretando escenas...

—¡Hombre! Eso de la oportunidad es lo que encuentro difícil.

—¡Facilísimo!

—A ver; explíqueme usted cómo lo encaja en situación; porque supongo que no los pondrá usted á granel, como quien siembra trigo.

—Poco más ó menos. Esos son secretos del oficio; se busca un rodeo, se los prepara antes y se los hace entrar á la fuerza.

—¡Diablo! ¿Me permite usted echar un vistazo á ese cuaderno?

El amable Magín me alargó, sonriendo, su almacén de chistes, y vi que que el texto se componía de renglones cortos, palabras sueltas, párrafos incomprensibles, apuntes enigmáticos y abreviaturas indecifrables.

—Ya sabía yo—me dije al verme perplejo ante aquel rompecabezas—que no entendería usted ni una palabra...

—Efectivamente... Pero sepamos; esto que aquí leo: *Camisas instructivas* ¿qué significa?

—¡Ah, sí! Es una *gedeonada* aplicable á cualquiera que vaya á hacer un viaje á Holanda; las camisas con vistas de Holanda pueden instruirle acerca de aquel país...

—¡Demonio! ¿Y este otro apunte que dice: *Los cuatro ochos*?

—Para cuando se tercié presentar en escena un tipo de socialista exaltado. Todos claman por los tres ochos, pero él pedirá cuatro: ocho horas para trabajar, ocho para dormir, ocho para no hacer nada y ocho para visitar á la familia.

—Con días de treinta y dos horas ¿no es eso? Ese hombre tendría que declararse al José del siglo XX. ¿Y esto que ha escrito usted aquí? *Papel de la Deuda flotante*

—Por lo de *flotante* lo aplico á la marina; será un nuevo salvavidas... Y también se lo recomendaré á la *Sociedad de Salvamento de naufragos*.

—¡Basta, amigo Magín!—le dije devolviéndole el cuaderno.—Quedo convencido de que tiene usted ahí una mina de chistes ¡Que Dios le de salud para colocarlos bien!

—Gracias.  
Y se marchó, prometiéndome volver otro día para hacerme nuevas y maravillosas revelaciones.

RAMIRO BLANCO.

Bocadillos.

Cuentan que cierta patrona De esas que dan muchos platos Por seis ó por ocho reales, Y no siempre bien pagados. Al tendero que la surte De géneros todo el año Dijo así, la otra mañana: —Diga usted, D. Robustiano ¿No tiene usted chocolate, (Aunque resulte más malo Que el que llevo diariamente) Que pueda dar más barato? El tendero la miró Y la dijo así, muy bajo; —Yo no sé, si en otras tiendas Podrán bajarla á usted algo, Pero peor... ¡yo la juro, No va á poder encontrarlo!

Quiere Gil con locura á Sebastiana Y la da una paliza cotidiana Y en cambio Blas que á su mujer adora Aguanta que le zurra su señora Y así prueban los hechos elocuentes Que hay maneras de amar muy diferentes.

Si la mujer se compone Es solo por agradar O al galán... que ya ha venido O al que espera... que vendrá.

Hay muchísimas mujeres Que hablar saben con talento; ¡Pero que pocas le tienen Para callar á su tiempo! J. L. R.

AGRIDULCES

Entre un autor dramático y un empresario: —Mi drama es terrible, espeluznante. Hay en él tres asesinatos y un rapto. —Eso está ya muy gastado. —Sí, pero el desenlace es nuevo, imprevisto. Al final, todos los criminales caen en poder de la autoridad.

Playas caseras.



Don Homobono y su familia veraneando.



SECCION DE ANUNCIOS

ESTOMACALINA ALFAJEME.

De las especialidades conocidas para curar las enfermedades del Estómago é intestinos, la única verdad que la ciencia ha comprobado sus excelentes resultados en los ensayos hechos en los hospitales de Madrid, por las eminencias médicas doctores, Mariani, Hergueta, Medinaveitia, Huertas, Pérez Valdés, Estevez, Montaya y otros, es la *Estomacalina Alfajeme*, pudiendo comprobarlo todo enfermo con tomar una botella.  
Precio 4 pesetas botella.—Conde de Romanones, 8 y 10, farmacia, Madrid.—En SEGOVIA, Señora Viuda de Sanz Alvaro.

J. P. MARTÍN E HIJO

Proveedores de la Real Casa

Grandes establecimientos

ARBORICULTURA Y FLORICULTURA

Madrid.—Despacho: Alcalá, 58.—Jardines: calle del Cisne, 11 y 13  
Sevilla.—Mallén, 21 (Calzada)

Premiados con las más altas recompensas, Diplomas de honor, Medallas de oro y de plata, Objetos de arte, y Socios honorarios de varias Sociedades de horticultura del reino y del extranjero.

Premio de honor de S. M. la Reina Regente: un objeto de arte. Granada, 1887.—Premio de honor de S. A. R. la Infanta Doña Isabel: un objeto de arte. Granada.—Primer premio, único: Medalla de plata, Exposición de frutas. Málaga, 1887.—Primer premio, único: Medalla de oro.—Exposición de frutas. Madrid, 1890.—Primer premio único: Medalla de oro y diploma de honor. Cádiz. 1890.

Dirección telegráfica: Martín, horticultor.—Alcalá, 58, Madrid.—Mallén, 21 (Calzada), Sevilla

TELÉFONO 1.082

Este establecimiento, especialmente dedicado á la exportación, expide sus productos á todas partes del mundo. Por procedimientos excepcionales acondiciona los embalajes de tal modo, que la buena llegada de los envíos es inevitable.

LA ADMINISTRACIÓN

Centro general de representaciones

establecido en Segovia

con mayor número de poderes de Ayuntamientos que ningún otro en dicha provincia

Corresponsales activísimos en Madrid

Asesoría por letrados.—Asuntos civiles, mercantiles administrativos y contencioso-administrativos.—Inscripciones de la Deuda pública y resguardos de la Caja de Depósitos.—Pensiones civiles y militares.—Testamentarias.—Créditos.—Repartos, presupuestos y cuentas municipales.—Proyectos de contratos públicos.

Pídanse detalles.

DON GERMÁN CANO. Isabel la Católica, 6, (despacho)

SEGOVIA

RETRATOS DE DON ALFONSO XIII

En la librería de este periódico, Isabel la Católica, número 6, se venden retratos de S. M. el Rey, iluminados al cromo.  
Los hay de varios tamaños.

PASTILLAS BONALD

CLORO-BORO-SÓDICAS CON COCAÍNA

De eficacia comprobada por los señores Médicos para combatir las enfermedades de la boca y de la garganta: Tos, ronquera, dolor, inflamaciones, picos, aftas, ulceraciones, sequedad, granulaciones, afonía producida por causas peritricas, fetidez del aliento, etc. Las pastillas BONALD, premiadas en varias Exposiciones científicas, tienen el privilegio de que sus fórmulas fueron las primeras que se concibieron de su clase en España y en el extranjero.

Acanthea Virilis

Poliglucosofatada Bonald.—Medicamento Antineurasténico y antidiabético, Tónica y nutre los sistemas óseo, muscular y nervioso y lleva á la sangre elementos para enriquecer el glóbulo rojo. Frasco de Acanthea granulada, 5 ptas. Frasco del vino de Acanthea 6 ptas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor, Núñez de Arce (ante Gorguera) 17. Madrid. En Barcelona Gignás, 5.

ELIXIR ANTIBACILAR BONALD

DE (Thiocol cinamo-vanádico fosfoglicérico)

Combate las enfermedades del pecho. Tuberculosis incipiente, Catarras bronconeumónicos, laringo-faríngeos, infecciones gripales, palúdicas, etc.

PRECIO DEL FRASCO 5 PTS.

AVISO IMPORTANTE

Se han recibido en la acreditada *Sastrería Madrileña de Crisanto Berrocal, Juan Bravo, 29*, grandes surtidos para la presente temporada en paños y novedades, así como de ropas hechas; trajes elegantes para niños última novedad, desde 8 pesetas, Macferlanes desde 12'50. Abrigos Siberianos desde 30.

Impermeables legítimos ingleses, los de mejor resultado que se conocen, á precios de fábrica; se confeccionan á la medida.

Especialidad en capas, inmenso surtido y sin competencia desde 17 pesetas.

NO COMPREIS SIN VISITAR ESTA CASA

Juan Bravo, 29.

Bicicletas á 15 duros!

Se realizan á precios baratísimos un tender una bicicleta de señora, dos de pista, una para niño y doce para caballero.

También se venden 50 ó 60 plantas variadas en tiestos, 24 abonibus, varios jeranios, 2 rosales, otras varias plantas y maquinaria completa para toldos de balcones y portadas con sus telas correspondientes, así como maderas usadas y otros objetos procedentes del Velódromo.

Informarán en la *Fonda de la Burgalesa*.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL



Compañía de Seguros Reunidos

Agencia en todas las provincias de España, Francia y Portugal

35 AÑOS DE EXISTENCIA

Seguros sobre la vida.—Seguros contra incendios.

Subdirector en Segovia, D. FRANCISCO SANTIUSTE.—Casa de la Tierra.

Adrián Ramirez

Plaza Mayor, 3.—SEGOVIA.

En este antiguo y acreditado establecimiento hay un completísimo surtido en grifos de fontanería, plomos para cañerías de presión, utensilios de cocina, camas de todos los sistemas y precios, persianas para balcones, herramientas y herrajes para todos los oficios, y cuantos objetos comprende el ramo de ferretería.

Por cuarenta y cinco pesetas, se vende cama, jergón, colchón y dos almohadas.

Hay también grandes existencias del cemento portland y cal hidrúlica de Zumaya.

Compañía Segoviana DE CEMENTOS, PORTLAND Y CERÁMICA

Esta Compañía ofrece los materiales para construcciones, de su fábrica de «Peladera» á precios favorables para los compradores.

Los pedidos para la Capital pueden dirigirse á D. Enrique Redondo.

En las oficinas de esta Compañía, Plazuela de los Espejos, núm. 2, se tomará nota de los encargos de fuera de la Capital, para su inmediato cumplimiento.

Se vende cal común y teja usada, procedente de derribos.

ULTRAMARINOS

DE

ANTONIO RUIZ

Melitón Martín, números 5, 7 y 9

SEGOVIA

En este nuevo establecimiento encontrará el público en general un completísimo surtido en todo lo concerniente al ramo á que se dedica. Garantiza una inmejorable calidad en todos los artículos, su exacto peso y notable economía en los precios.

Melitón Martín, 5, 7 y 9.—SEGOVIA.

Para verano

Enjel acreditado establecimiento de calzado de don Pedro Aragonese, se ha recibido un variado surtido en botas de color para señora y caballero, y de goma y lona para verano.

Los precios incomparables con que vende esta casa y la buena calidad de los géneros han hecho que goce de justa fama.

JUAN BRAVO, 58.

LA ORDEN

Los acreditados talleres de sastrería de Don Narciso de la Orden, han conseguido justa fama por la confección de las prendas que de ellos salen, tan elegantes en el corte como acabadas en la confección.

El señor La Orden tiene reconocida especialidad en el corte de hábitos para señores sacerdotes y seminaristas, lo mismo que en el de los trajes de caballero y abrigos de señora.

PLAZA MAYOR, NÚMEROS 40, 41 Y 42.

EXACTOR se llama el reloj más plano, elegante y de más precisión.

Venta exclusiva en Segovia en la relojería de José Mozo.

10.—ISABEL LA CATÓLICA.—10.

¿Donde me retrato? ¿Donde? Pues en la acreditada galería de

MONTES

11, VICTORIA, 11.

Juan Margareto

Conocidísimo y acreditado establecimiento de ultramarinos.

Especialidades de esta casa, de gran aceptación en Segovia.

CHOCOLATES riquísimos elaborados á brazos.

CAFES superiores, de esmerado tostado.

QUESO manchego legítimo.

No olvidarse—6, REAL DEL CARMEN, 6.

SOMBREROS DE TODAS CLASES.—Surtido completo en gorras, boinas, etc.; cuanto necesitéis del ramo de sombrerería para la próxima temporada, lo encontrareis en el antiguo y acreditado establecimiento de Julian Olmos.

ISABEL LA CATÓLICA, NÚM. 7.

Imprenta de EL ADELANTADO DE SEGOVIA.